



**Valencia**

**Vicente Pruñonosa, 77**

**Marta Ramón, 18**

## **MEJOR DESPUÉS**

Quedamos a las seis de la tarde. En la puerta me esperaba un hombre delgado. Por fin pude poner cara a la voz suave que escuché varias veces al otro lado del teléfono. Comprobé que su timbre, ya familiar, era una nota de acompañamiento de la amabilidad que transmitía su rostro. Unos ojos pequeños e inquietos, escondidos tras unas gafas, y una sonrisa infantil arropada por un espeso bigote blanco me invitaron a entrar en su casa.

Vicente empezó a hablar mientras me hacía un gesto para que me sentara a su lado. Comentó que él, al igual que las personas de su tiempo, tuvo que sufrir las penurias de la Guerra Civil. Que, como aquellos niños que vivieron en la España de la posguerra, no pudo estudiar. La barba le salió trabajando en una ferretería y no en un instituto como hoy en día. Más adelante, y después de haber pasado un tiempo trabajando en un fábrica de plásticos, montó una empresa de ropa para niños con unos amigos. Fue el encargado de ventas por lo que viajó por todo el país, primero en motocicleta y más tarde en coche. Me confesó que su mayor satisfacción es haber compartido la vida con su mujer, haber criado a sus hijos y poder disfrutar de sus nietos.

Habló de su infancia, de su juventud, de cómo, poco a poco, fue ganándose la vida. Para mí, una historia encantadora, tan diferente a lo que estoy viviendo. Pero, para él, nada importante; se siente como una persona más que consiguió aprender a vivir en aquella difícil España.

“La vida no se termina después de la jubilación. Muchas personas tienen miedo de hacerse mayores, de sentirse como un trasto inútil, pero no es así”. Me sorprendió el giro de la conversación. Estaba totalmente de acuerdo. Dijo algo que me pareció muy curioso: “yo he hecho más cosas después de jubilado que antes”. No entendía muy bien, pero no interrumpí.

Me explicó que cuando se jubiló pensó que si se quedaba en casa, sentado en el sofá delante de la televisión, se moriría. Él no podía dejarse morir. Todavía tenía mucho que hacer. Seguí escuchándolo, cumpliendo, sin saberlo, un principio fundamental para él: “tenemos dos orejas para escuchar el doble de lo que hablamos”.

Consiguió el carné de conducir hace 53 años por responder qué significa una señal de stop. Desde entonces, y con dos millones y medio de kilómetros a sus espaldas, nunca ha sufrido ningún accidente, nunca le han puesto una multa. Desde siempre, ha sido un apasionado de la seguridad vial. Una vez jubilado, se acercó a la Jefatura Provincial de Tráfico para suscribirse a su revista. A partir de entonces empezó a involucrarse en el tema de la seguridad vial, centrando su atención en los niños y los ancianos, los más “desprotegidos”. Ideó una serie de medidas para ayudar a los peatones y mejorar la precaución de los conductores como, por ejemplo, unas luces anteriores de frenado.

Estaba al lado de un inventor y no lo sabía. Me contó que le hacía ilusión compartir su experiencia como conductor y peatón a lo largo de los años. Así pues, su afán y su inquietud por ayudar a los demás y el hecho de sentirse útil por ello lo empujaron a solicitar la participación en charlas sobre la Seguridad Vial dirigidas a personas mayores. Contó con el apoyo de la Concejalía de Bienestar Social y comenzó a hacer algo que se le da muy bien: comunicar. Me dijo entre risas que la primera vez le dio un poco de vergüenza, pero que a los cinco minutos de estar hablando se le olvidó por completo. Además de dar charlas, ha escrito cuentos infantiles sobre la seguridad vial como Don Semáforo y Doña Carretera.

Lo que comenzó, hace casi diez años, como algo puntual se ha convertido en su día a día. Con 77 años y algún susto que le ha dado el corazón, acude, a menudo, a colegios y centros de jubilados para hablar de

Recordar, compartir, aprender

su experiencia, dar consejos y aclarar dudas. A Vicente le encanta transmitir sus conocimientos que, como él dice, se los debe a lo vivido y a lo leído.

Me quedé ensimismada con su segunda juventud. En ningún momento habló de penas ni de fracasos, me estaba regalando un pastel de optimismo que sabía bien dulce. La guinda llegó enseguida. Me pidió que lo acompañara a una salita en la que había estanterías llenas de libros y de películas. Me dio un periódico mientras decía “mira, esta es la última vez que me han sacado”. ¡Había fotos tuyas en la contraportada! Vicente sí es un conductor de primera. 53 años sin rasguños ni multas, titulaba la noticia. Sonrió al ver la cara que puse al verlo: “puedes quedártelo, si quieres”. Por supuesto que quería.

Sacó una carpeta llena de documentos y empezó a explicarme. Está muy orgulloso de haber ocupado el cargo de Defensor del Mayor de Valencia; por primera vez en España una figura del Ayuntamiento destinada exclusivamente a escuchar y ayudar a los mayores. Recibió el Premio Abuelo 2003 y fue tertulio habitual en programas de la desaparecida Valencia Te-Ve. Actualmente colabora en los programas de radio Luz de Cruce y Nuestros Mayores de la COPE, escribe artículos de opinión en la revista Plenitud y acude a numerosos actos de la Tercera Edad. Me enseñó también un montón de recortes de periódicos que hablaban de él y su labor solidaria: El Levante, Las Provincias, El Mundo, Qué!, Diario de Valencia.

¡Y todo después de jubilarse! Dedicar su tiempo libre a los demás, intenta que la voz de los mayores se escuche alta y clara. Decidido, generoso, entregado, constante. Vicente disfruta ayudando a los abuelitos, como él dice cariñosamente. Contagiar las ganas de vivir, ese es su aliciente: “¿Por qué no voy a hacerlo? Ya que puedo...”. Todo sin remuneración económica y, sí, nunca mejor dicho: por amor al arte.

## LO IMPORTANTE DE LA VIDA

La vida se escapa en cada momento. La vida es muy bonita y hay que disfrutarla. Es como un zumo, no puedes dejarlo a medias. No puedes quedarte quieto y dejar que pase sin más, porque es ella la que te ayuda a crecer. Sí, a veces la vida nos da golpes: hay que aceptarlos y no resignarse nunca. De todo se aprende, de todo. El sentimiento de que has desaprovechado la vida te ahoga. No lo permitas. Hay que aprovechar todos los días porque nunca vuelven.

Lo mejor que tenemos es eso, la vida. No hay que perder la ilusión con los años, hay que seguir marcándose metas y correr tras ellas: la satisfacción que llega cuando las alcanzas te llena de vida. Porque los sueños no desaparecen con los años, ¡yo sueño como un niño! Quiero viajar, quiero inventar más cuentos, quiero seguir dándole la mano a mi mujer todos los días, quiero que mis palabras despierten interés, quiero contagiar mis ganas, quiero convencer de que sentirse útil depende de uno mismo. Porque nosotros mismos somos el motor de nuestra propia vida. Quiero vivir.

Y, con los años, te darás cuenta de que la mayoría de tus recuerdos están llenos de personas que acercaron su vida a la tuya. Porque la vida está para compartirla, porque la vida va a la vida.